

PAPÁ NOEL EN LA PIRA*

Father Christmas on the Pyre

CLAUDE LÉVI-STRAUSS

* Traducción al castellano de Anne-Marie Sallenave, aceptada por el autor. Contiene una introducción a cargo de Carlos Guillermo Páramo Bonilla y Luis Alberto Suárez Guava.

Artículo de reflexión recibido: 3 de junio del 2008 · aprobado: 29 de junio del 2008

RESUMEN

En “Papá Noel en la pira”, Lévi-Strauss desdobra la aproximación al noble anciano en una pesquisa histórica y en otra etnológica. La primera lo lleva a leyendas medievales en las que sobreviven festividades del Imperio Romano y oscuras celebraciones en las que niños y muertos se confunden. La segunda sumerge al lector en una especulación acerca de la relación entre los vivos y los muertos que toma por excusa las *katchina* de los indios de Norteamérica. Al cabo, constata que esta figura mediadora enmascara la presencia de la muerte y tiende a negarla.

Palabras clave: *Papá Noel, vivos y muertos, pira, ritos de fin de año, katchina.*

ABSTRACT

In “Father Christmas on the Pyre”, Levi-Strauss unfolds the approach to this noble old man in two investigations- a historical one and an ethnological one. The first takes us to medieval legends where survive Roman Empire festivities and obscure celebrations still survive, and in which the difference between the children and the dead is diffuse. The second submerges the reader in a speculation about the relationship between the living and the dead, excused on the “katchina” (beings of the spirit) of the North American aborigines. All in all, it confirms that these mediating characters disguise the presence of death and tend to deny it.

Keywords: *Father Christmas, Santa Claus, living and dead, pyre, year-end rituals, katchina, spirit beings.*

BREVE INTRODUCCIÓN¹

Que un texto de Claude Lévi-Strauss aparezca en *Maguaré* no tiene nada de insólito, máxime cuando este año se conmemoran cien años de su nacimiento. Más raro sí resulta que lo haga en el contexto de un *dossier* sobre “Vidas infames”, pues al rompe nada pre-dispone la inclusión: ni el tema, ni el enfoque, ni el autor. Empero, como fácilmente se colige del mismo título “Papá Noel en la pira” (como hemos decidido traducirlo), se trata de una provocación, si no de un desenmascaramiento: aquí la historia secreta del amable benefactor navideño se asoma por debajo de su atuendo carmesí, ya consumido por las llamas.

Lévi-Strauss examina en este artículo de 1952 la incorporación de Papá Noel en las celebraciones de la Navidad francesa, justo después de la Segunda Guerra Mundial: época de racionamientos, polarizaciones políticas a diestra y siniestra y, por supuesto, de la “americanización” de la sociedad gálica vía las agencias y recursos del Plan Marshall. La Guerra Fría delineaba entonces las condiciones del ascenso (¿casi definitivo?) de los principios culturales del capitalismo. El privilegio de esta mirada más lejana permite entender que la bondadosa figura del anciano vestido de rojo jugó un papel importante en ese proceso. Las razones culturales, los motivos que justifican y explican su presencia, incluso su sacrificio en la pira, son claramente señaladas por el etnólogo estructuralista. Papá Noel sería la resolución de un largo proceso de condensación en el que distintos personajes de la mitología de Occidente confluyen. Desde el Rey de Burlas, que presidía la saturnalia romana, pasando por San Nicolás, un oscuro mediador de la relación con los muertos, hasta la personificación dudosamente jocosa de los muertos en los niños (el 31 de octubre) o dudosamente aterradora de los niños en los muertos (el día de los Santos Inocentes), Papá Noel hace su aparición en el atrio de la catedral de Dijon, tal vez por última vez en mucho tiempo, como un personaje infame.

La infamia no es, como parece admitir el examen etimológico, la ausencia de fama. Más bien, mucha mala fama. Ambigua posición la del infame en tradiciones, como la nuestra, que necesitan héroes, de

1 A cargo de Carlos Guillermo Páramo Bonilla y Luis Alberto Suárez Guava, profesores del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

por sí famosos y, por supuesto, modelos de lo que ha de ser. Todo lo contrario es el infame: modelo de lo que no es. ¿Qué es lo que hace al infame? ¿Acaso el simple hecho de su caracterización del lado de los antivaleores y el desorden que supone su acción en el mundo? Incluso después de Lévi-Strauss, el estudio de Papá Noel se ha extendido en páginas y páginas. Macey, uno de los más notables estudiosos del tema, explora la singular relación entre este personaje, Saturno y Satán. Parece que a finales de la Edad Media el jovial anciano tuvo un álgter ego de rostro oscuro y carácter aterrador. Un devorador de niños que, igualmente, aparecía en diciembre y, bajo el influjo de Saturno, era dador de experiencias aterradoras. Peor que un caníbal, un devorador de niños; esa circunstancia eleva exponencialmente la infamia. Pero Macey solamente señala la ambigüedad de “Father Christmas”; no se pregunta de dónde viene, no se pregunta por las razones profundas de su existencia.

El argumento central de “Papá Noel en la pira”, que desdobra la explicación en una pesquisa histórica y otra etnológica, ubica al noble anciano en una tradición que, delante de los muertos, elige agasajarlos en los infantes (a quienes suele nombrar con los nombres de quienes han muerto). Y para ese intercambio, que ocurre en un momento crítico del año, decide enmascarar el origen de los dones en la figura de un infantil hombre viejo (o un abad niño), así enmascarando la presencia de la muerte. En cualquier caso, Papá Noel está a medio camino entre dos mundos: es un otro. Hay tradiciones que señalan su condición como la de un ser condenado.

Los infames serán siempre “lo otro”: delante de lo cual, para seguir una fórmula que Lévi-Strauss rescata de Tylor, no tenemos más que dos opciones: o intercambiamos dones (nos aliamos) o nos enfrentamos en guerra. Esa es la posición de los muertos en distintas tradiciones; y es la misma de los niños: ambos son “lo otro”. La figura de Papá Noel —esto resulta todavía más claro en nuestros tiempos— guarda una poderosa ambigüedad: puede ser generosa y jovial, puede ser aterrador y tacaña. Participa por igual del llanto y la risa. Ya Tim Burton ha explorado esa dimensión en un cuento de navidad en el que “Santa” es reemplazado por San Atroz, el lánguido gobernante de un mundo infernal. Papá Noel sería entonces la personificación de un contrato entre los niños-muertos y un viejo casi muerto (que es un adulto cualquiera o es todos los adultos) a través del cual garantizamos que no moriremos. En efecto, podemos consumir comedias de

Navidad y no películas de terror sobre la Navidad. Decidimos un pacto con los muertos que en la contemporaneidad resulta una negación exacerbada de la muerte. Pero en 1952 las tecnologías de no-morir no estaban tan desarrolladas como ahora; esa consciencia aflora en *Tristes trópicos* (1955), cuando el mismo Lévi-Strauss se parafrasea y, a propósito del dualismo Bororo y la relación muertos-vivos, escribe:

No es solo para burlar a nuestros niños que nos entretenemos con la creencia de Papá Noel: su fervor nos reconforta, nos ayuda a autoengañarnos y a creer que, ya que ellos creen en él, un mundo de generosidad sin contrapartes no es absolutamente incompatible con la realidad. Y sin embargo, los hombres mueren: jamás volverán; y todo orden social se aproxima a la muerte: se apodera de algo contra lo cual no da equivalente.

En el tránsito de la muerte a la vida están los niños y en el de la vida a la muerte los viejos. Papá Noel resulta un niño-viejo (casi vivo) que les permite a los adultos creer que no morirán y un viejo-niño (casi muerto) que les otorga dones a los muertos para que todos podamos reír. Papá Noel es doblemente infame por donde se le mire: carga la infamia de ocultar la muerte a los ojos del mundo cuando, acompañado de una risa monótona e inofensiva, distribuye dones venidos del más allá para que el capitalismo consuma las primicias de la cosecha anual en todos los hogares; y carga la infamia de ser asesino de muertos (devorador de niños), poderoso destructor de todo, incluso de la muerte.

Por demás, ¿no hay mucho de infame en todo comediante?

“Le Père Noël supplicié”, apareció en Brasil, en la revista paulistana *Anhembi* (n.º 16, año II, vol. 6; pp. 12-26), y simultáneamente apareció publicado en la edición de marzo de 1952 *Les Temps Modernes* (pp. 1573-1590), publicación dirigida por Jean-Paul Sartre para la cual Lévi-Strauss escribió un par de artículos: este y “Diogène couché”, de 1955. Si bien existe una edición previa en castellano publicada en el 2001 como pequeño texto por Muchnik Editores (Madrid), la traducción que aquí presentamos es a nuestro juicio no solo una rendición más fiel del original, sino además la que emplaza a Papá Noel donde también pertenece: entre las vidas infames. Publicamos esta traducción con autorización del profesor Lévi-Strauss, a quien agradecemos por su generosidad con la revista *Maguaré*.

PAPÁ NOEL EN LA PIRA

Las celebraciones de la Navidad en Francia, en 1951, fueron marcadas por una polémica que se propagó a la prensa y a la opinión pública, hasta poner en el ambiente habitualmente alegre de este periodo del año una nota amarga inesperada. Algunos meses antes, las autoridades eclesiásticas, a través de algunos prelados, habían expresado su desaprobación frente a la creciente importancia dada por las familias y el comercio al personaje de Papá Noel. Denunciaban una “paganización” preocupante de la fiesta de la Natividad, que desviaba al público del sentido intrínsecamente cristiano de esta conmemoración en provecho de un mito sin valor religioso. Estos ataques recrudecieron en vísperas de la Navidad. Con más discreción pero con igual firmeza, la Iglesia protestante unió su voz a la de la Iglesia católica. Cartas de lectores y artículos con contenidos diversos pero en su mayoría opuestos a la posición eclesiástica aparecieron en los periódicos para mostrar el interés suscitado por el asunto. El punto culminante fue el 24 de diciembre, con una manifestación relatada así por el periódico *France Soir*:

**ANTE LOS NIÑOS DE LA BENEFICIENCIA, PAPÁ NOEL FUE
QUEMADO EN EL ATRIO DE LA CATEDRAL DE DIJON**

Dijon, 24 de diciembre

Papá Noel fue ahorcado ayer en la tarde en las rejas de la catedral de Dijon y quemado públicamente en el atrio. Esta ejecución espectacular se desarrolló en presencia de varios centenares de niños de La Beneficiencia. Fue decidida con el apoyo del clero que había condenado a Papá Noel por usurpador y herético. Lo acusaban de paganizar la fiesta de Navidad, al instalarse en ella como un pájaro cucú invasor. Le reprochaban sobre todo haberse introducido en las escuelas públicas donde el pesebre está escrupulosamente prohibido.

El domingo a las tres de la tarde, el desdichado hombre de barba blanca pagó, como muchos inocentes, una falta de la que eran culpables los que iban a aplaudir su ejecución. El fuego abrasó su barba y se fue desvaneciendo en el humo.

Después de esta ejecución se publicó un comunicado, que en sus partes sustantivas decía:

En representación de todos los hogares cristianos de la parroquia que quieren luchar contra la mentira, 250 niños, reunidos ante la puerta principal de la catedral de Dijon, quemaron a Papá Noel. No se trataba de una atracción sino de un gesto simbólico. Papá Noel fue sacrificado en holocausto. En verdad, la mentira no puede despertar en el niño el sentimiento religioso y de ningún modo es un método educativo. Que otros digan y escriban lo que les parezca y hagan de Papá Noel el contrapeso del Coco. Para nosotros, los cristianos, la fiesta de Navidad debe seguir siendo la conmemoración del nacimiento del Salvador.

La ejecución de Papá Noel en el atrio de la catedral fue diversamente apreciada por la población y provocó encendidos comentarios, incluso entre los católicos.

Por otra parte, esta intempestiva manifestación podrá tener consecuencias imprevistas por sus organizadores.

.....
El asunto divide la ciudad en dos campos.

Dijon espera la resurrección de Papá Noel, asesinado ayer en el atrio de la catedral. Resucitará esta noche, a las seis, en la alcaldía. Un comunicado oficial ha anunciado que, como cada año, convocaría a los niños en la plaza de la Liberación y les hablaría desde los tejados de la alcaldía mientras se mueve entre las luces de los proyectores. El canónigo Kir, alcalde de Dijon, se habría abstenido de tomar parte en este delicado asunto.

Aquel día, el suplicio de Papá Noel estuvo en primera plana. Todos los periódicos comentaron el incidente, algunos incluso en sus editoriales, como *France Soir*, ya citado, con el primer tiraje de la prensa francesa. Condenan la actitud del clero de Dijon de suerte que las autoridades religiosas optan por retroceder o al menos mantener cierta discreción, pero parece que no hay consenso sobre el tema. La

mayoría de los artículos muestran una sensiblería llena de tacto: es tan lindo creer en Papá Noel, esto no perjudica a nadie, los niños se sienten felices y conservarán deliciosos recuerdos en su edad madura, etc. De hecho, se evade la pregunta en vez de contestarla, porque de lo que se trata no es de justificar las razones por las que Papá Noel agrada a los niños, sino las que llevaron a los adultos a inventarlo. Pero estas reacciones tan unánimes revelan un divorcio entre la Iglesia y la opinión pública. A pesar del carácter menor del incidente, el hecho es importante. En efecto, la evolución de Francia desde la Ocupación mostraba una progresiva reconciliación entre una opinión ampliamente atea y la religión. El acceso a los consejos gubernamentales de un partido claramente confesional como el MRP² es prueba de ello. Los anticlericales tradicionales agarraron la oportunidad inesperada. Son ellos los que, en Dijon y en otras partes, se improvisan como protectores de Papá Noel amenazado. Papá Noel, símbolo de la irreligión: ¡vaya paradoja! En este asunto parecería que la Iglesia adoptara una posición crítica ávida de franqueza y sinceridad, mientras que los racionalistas se volvieron guardianes de la superstición. Esta aparente inversión de papeles basta para sugerir que el inocente asunto encierra realidades más profundas. Estamos en presencia de la manifestación sintomática de una acelerada evolución de las costumbres y las creencias, en Francia primero, pero también en otras partes. No todos los días el etnólogo tiene la posibilidad de encontrar, en su propia sociedad, el crecimiento súbito de un rito, incluso de un culto, buscar sus causas y estudiar su impacto sobre las otras formas de la vida religiosa, y, finalmente, tratar de comprender a qué transformaciones mentales y religiosas corresponden unas manifestaciones visibles que la Iglesia, con una experiencia tradicional al respecto, supo comprender, al menos en la medida en que se limitaba a asignarles un valor significativo.



Desde hace aproximadamente tres años, o sea desde que la actividad económica volvió a la normalidad, la celebración de la Navidad ha tomado en Francia una importancia desconocida antes de la guerra. Es cierto que este desarrollo, por su importancia material y por

2 Movimiento Republicano Popular: partido de orientación demócrata-cristiana, fundado al terminar la Segunda Guerra Mundial. [Nota de la traductora].

sus formas, es un resultado directo de la influencia y del prestigio de los Estados Unidos. Aparecieron simultáneamente los grandes árboles iluminados en la noche, en los cruces de avenidas y en las principales arterias; los papeles de regalo y las tarjetas con motivos navideños, y su exposición durante la fatídica semana en las chimeneas de los destinatarios; las colectas del Ejército de Salvación colgando sus calderas a manera de platillos en plazas y calles; y las personas disfrazadas de Papá Noel para recibir ruegos de los niños en los almacenes. Todas estas costumbres que eran consideradas pueriles y estrambóticas por los franceses de visita en Estados Unidos y como uno de los signos más evidentes de la incompatibilidad intrínseca entre las dos mentalidades se fueron implantando y aclimatando en Francia con una facilidad y una amplitud que representan una lección de meditación para el historiador de las civilizaciones.

En este campo como en otros, estamos asistiendo a una vasta experiencia de difusión, no muy diferente de los fenómenos arcaicos que estábamos acostumbrados a estudiar a partir de los lejanos ejemplos del encendedor de pistón o de la piragua con balancín. Pero es a la vez más fácil y más difícil razonar sobre hechos que se desarrollan ante nuestros ojos en nuestra propia sociedad. Más fácil, porque la continuidad de la experiencia está salvada, con todos sus momentos y cada uno de sus matices; más difícil, porque es en estas experiencias escasas donde se percibe la extrema complejidad de las transformaciones sociales, aun las más tenues, y porque las razones aparentes que damos a los acontecimientos de los que somos actores son muy distintas de las causas reales que nos asignan un papel en ellos.

Sería entonces más sencillo explicar el desarrollo de la celebración de la Navidad en Francia por la sola influencia de Estados Unidos. La influencia es un hecho, pero no lleva sino muy incompletamente sus razones. Enumeremos rápidamente las que son evidentes: hoy hay más norteamericanos en Francia que celebran la Navidad de acuerdo con sus costumbres; el cine, las revistas, las novelas, algunos grandes reportajes en los grandes diarios han dado a conocer las costumbres americanas, que se benefician del prestigio del poderío militar y económico de Estados Unidos; no es improbable que el Plan Marshall haya favorecido directa o indirectamente la importación de algunos productos propios del rito de la Navidad. Pero todo esto sería insuficiente

para explicar el fenómeno. Costumbres importadas de Estados Unidos se imponen a capas de la población que no son conscientes de su origen; los medios obreros, donde la influencia comunista tendería a desacreditar todo lo que lleve la marca *made in USA*, las adoptan más fácilmente que los otros. Además de la mera difusión, conviene evocar este proceso importante que Kroeber, primero en identificarlo, llamó “difusión por estimulación” (*stimulus diffusion*): el uso importado no es asimilado, desempeña más bien un papel catalizador, es decir, que suscita, por su sola presencia, la aparición de un uso análogo que ya estaba presente en estado potencial en el medio de llegada. Ilustremos este punto con un ejemplo que concierne directamente a nuestro tema. El fabricante de papel que va a Estados Unidos, invitado por sus colegas americanos o el miembro de una comisión económica, constata que se fabrican allí papeles especiales para los regalos de Navidad; toma la idea, es un fenómeno de difusión. El ama de casa parisina que va a la papelería del barrio para comprar papel de regalo ve en la vitrina unos papeles más bonitos y más cuidadosamente elaborados que los que solía comprar. Desconoce completamente los usos americanos, pero este papel llena una exigencia estética y expresa una disposición afectiva ya presentes, aunque privadas de medios de expresión. Al escogerlo, a diferencia del fabricante, no adopta directamente una costumbre extranjera, pero esta costumbre estimula en ella el nacimiento de una costumbre idéntica.

En segundo lugar, no se debe olvidar que, antes de la guerra, la celebración de la Navidad en Francia y en toda Europa venía en ascenso por el mejoramiento progresivo de las condiciones de vida, pero también por causas más sutiles. La Navidad que conocemos es una fiesta esencialmente moderna a pesar de sus múltiples rasgos arcaicos. El uso del muérdago no es una sobrevivencia drúidica porque volvió a estar de moda en la Edad Media. El árbol de Navidad no está mencionado en ninguna parte antes del siglo XVII, cuando aparece en algunos textos alemanes; pasa a Inglaterra en el siglo XVIII y a Francia en el siglo XIX. El diccionario *Littré* apenas lo reconoce o lo hace bajo una forma muy diferente de la nuestra. El artículo Navidad lo define así: “en algunos países, una rama de pino o de acebo diversamente adornada y llena de dulces y juegos para los niños, que los disfrutaban felices”. La diversidad de los nombres dados al personaje que reparte

los juguetes a los niños (Papá Noel, San Nicolás, Santa Claus) muestra también que es el producto de un fenómeno de convergencia y no un prototipo antiguo conservado en todas partes.

Pero el desarrollo moderno no inventa: se limita a rearmar piezas y pedazos de una antigua celebración cuya importancia nunca ha sido totalmente olvidada. Si para el *Littré* el árbol de Navidad es una institución casi exótica, Cheruel, en su *Diccionario Histórico de las instituciones, usos y costumbres de Francia* (según el mismo autor, revisión del *Diccionario de las Antigüedades Nacionales de Sainte Palaye*, 1697-1781) hace una anotación significativa: “La Navidad... fue, durante siglos y hasta una época reciente (el énfasis es nuestro), el momento de fiestas familiares”; hace luego una descripción de la fiesta de Navidad en el siglo XIII, que no tiene nada que envidiar a las nuestras. Estamos entonces en presencia de un ritual cuya importancia ha ido variando a lo largo de la historia, con apogeos y ocasos. La forma americana es solamente el más moderno de estos avatares.

Dicho sea de paso, estas rápidas indicaciones bastan para mostrar que, ante problemas de este tipo, hay que desconfiar de las explicaciones fáciles que remiten automáticamente a los “vestigios” y a las “sobrevivencias”. Si no hubiera existido, en la prehistoria, un culto a los árboles, que se mantuvo en diferentes usos folclóricos, Europa probablemente no habría “inventado” el árbol de Navidad. Pero, como se vio antes, se trata realmente de un invento reciente. Sin embargo, este invento no nació de la nada. Porque existen otros usos medievales documentados: el leño de Navidad (convertido en pastel en París) lo suficientemente grueso para arder toda la noche; los cirios de Navidad, de un tamaño tal que también pueden arder toda la noche; la decoración de los edificios (desde las Saturnales romanas de las que hablaremos luego) con ramos verdes: hiedra, acebo, pino; y, finalmente, sin ninguna relación con la Navidad, las novelas de la Mesa Redonda que hablan de un árbol sobrenatural cubierto de luces. En este contexto, el árbol de Navidad aparece como una solución sincrética; concentra en un solo objeto unas exigencias hasta allí dadas en estado disyunto: árbol mágico, fuego, luces duraderas, verdor persistente. Inversamente, Papá Noel en su forma actual es una creación moderna y, más reciente aun es la creencia (que obliga a Dinamarca a tener una oficina de correos especial para responder las cartas de

niños del mundo entero) que lo ubica en Groenlandia, posesión danesa, y lo muestra viajando en un trineo tirado por renos. Se dice incluso que este aspecto de la leyenda se desarrolló durante la última guerra, por la presencia de fuerzas norteamericanas en Islandia y Groenlandia. Y sin embargo, los renos no están allí por casualidad. En efecto, documentos ingleses del Renacimiento mencionan trofeos de renos paseados con motivo de las danzas de Navidad, anteriores a cualquier creencia en Papá Noel y a su formación como leyenda.

Se barajan y se vuelven a barajar unos elementos muy viejos, se introducen otros, se encuentran fórmulas inéditas para perpetuar, transformar o revitalizar antiguos usos. No hay nada específicamente nuevo en lo que uno quisiera llamar, sin juego de palabras, el renacimiento de la Navidad. ¿Por qué entonces suscita semejante emoción y por qué se concentra la animosidad de algunos en el personaje de Papá Noel?



Papá Noel viste de escarlata: es un rey. Su barba blanca, sus pieles, sus botas, el trineo en el que viaja evocan el invierno. Se le llama “Papá”³ y es un viejo que encarna la bondadosa autoridad de los ancianos. Todo esto está claro, pero ¿en qué categoría se le puede situar desde el punto de vista de la tipología religiosa? No es un ser mítico, porque no existe un mito que dé cuenta de su origen y de sus funciones; tampoco es un personaje de leyenda, ya que ningún relato semihistórico lo menciona. De hecho, este ser sobrenatural es inmutable, eternamente fijado en su forma y definido por una función exclusiva y un retorno periódico; pertenece más bien a la familia de las divinidades. Además, es objeto de un culto por parte de los niños, en ciertas épocas del año, bajo la forma de cartas y ruegos; recompensa a los buenos y castiga a los malos. Es la divinidad de una franja de edad de nuestra sociedad (franja que la creencia en Papá Noel basta para caracterizar), y la única diferencia entre Papá Noel y una verdadera divinidad es que los adultos no creen en él, aunque animan a

3 *Père*, en francés, además de las diferentes acepciones de *padre*, evoca en el lenguaje coloquial y familiar, especialmente campesino ‘hombres mayores’, en general bonachones. Por otra parte, *Père Noël* traduce literalmente ‘Papá Navidad’, sentido que, como bien sabemos, se pierde bastante en el “Papá Noel” castellano. [Nota de la traductora].

los niños a hacerlo y mantienen esta creencia por medio de muchas mistificaciones.

Papá Noel es, en primer lugar, la expresión de un estatus diferencial entre los niños y los adolescentes y adultos. Hace parte de un vasto conjunto de creencias y prácticas que los etnólogos han estudiado en la mayor parte de las sociedades, es decir, los ritos de paso e iniciación. Son pocos los grupos humanos en los que, bajo una forma u otra, los niños (a veces también las mujeres) no están excluidos de la sociedad de los hombres por la ignorancia de ciertos misterios o por la creencia —cuidadosamente mantenida— en alguna ilusión que los adultos se reservan el derecho de revelar en el momento oportuno, para así consagrar la agregación de las jóvenes generaciones a la suya. En ocasiones, estos ritos se parecen asombrosamente a los que estamos examinando. ¿Cómo, por ejemplo, no sorprenderse ante la analogía que existe entre Papá Noel y las *katchina* de los indios del suroeste de los Estados Unidos? Estos personajes disfrazados y enmascarados encarnan dioses y ancestros que regresan periódicamente a sus aldeas para bailar y para premiar o castigar a los niños, quienes no reconocen bajo el disfraz tradicional a sus padres o familiares. Papá Noel pertenece a la misma familia de otras figuras hoy relegadas: el Croquemitaine, el Père Fouettard, etc⁴. Es muy significativo que las mismas tendencias educativas que proscriben hoy el recurso a estas *katchina* punitivas hayan concluido en la exaltación del personaje bondadoso, de Papá Noel, en vez de —como el desarrollo del espíritu positivo y racionalista los dejaría suponer— envolverlo en la misma condena. A este respecto, no ha habido racionalización de los métodos educativos porque Papá Noel no es más “racional” que el Père Fouettard (la Iglesia tiene razón sobre este punto): asistimos en realidad a un desplazamiento mítico que debemos explicar.

Es cierto que en las sociedades humanas, los ritos y mitos de iniciación tienen una función práctica: ayudan a los mayores a mantener a los menores en el orden y la obediencia. Durante todo el año invocamos la visita de Papá Noel para recordarles a los niños que su

4 Croquemitaine es el equivalente del Coco. El Père Fouettard (“Papá Fuede”) es la contraparte de San Nicolás; castiga a los niños que se portan mal. [Nota de la traductora].

generosidad dependerá del buen comportamiento que demuestren, y el carácter periódico de la distribución de los regalos sirve para disciplinar las reivindicaciones infantiles y reducir a un corto periodo el momento en que tienen realmente el *derecho* de exigir regalos. Pero este simple enunciado basta para hacer estallar los marcos de la explicación utilitaria. Porque ¿de dónde viene la idea de que los niños tienen ese derecho; que se impone tan imperiosamente a los adultos, que estos se ven obligados a elaborar una mitología y un ritual costoso y complicado para lograr contenerlos y limitarlos? Se ve enseguida que la creencia en Papá Noel no es solamente una *mistificación* de los adultos infligida por gusto a los niños; es, en gran medida, el resultado de una *transacción* muy costosa entre las dos generaciones. Con el ritual en su conjunto pasa lo mismo que con las plantas: pino, acebo, muérdago, hiedra que decoran la casa. Hoy lujo gratuito, estas fueron en tiempos pasados, en algunas regiones, objeto de *intercambio* entre dos clases sociales: en vísperas de Navidad en Inglaterra, hasta fines del siglo XVIII, las mujeres iban a *gooding*, es decir, que iban a pedir dinero de casa en casa y a cambio entregaban a los donantes unos ramos verdes. Encontramos a los niños en la misma actitud de regateo, y conviene anotar aquí que para pedir en el día de aguinaldos, los niños se disfrazaban a veces de mujeres. Mujeres, niños, es decir, en ambos casos, no-iniciados.

Ahora bien, hay un aspecto muy importante de los rituales de iniciación al que no se ha prestado la atención suficiente, y que aclara con mayor profundidad su naturaleza que las consideraciones utilitarias evocadas en el párrafo anterior. Tomemos el ejemplo del ritual de las *katchina* de los indios Pueblo, ya mencionado. Si los niños son mantenidos en la ignorancia de la naturaleza humana de los personajes que encarnan las *katchina*, ¿es solamente porque les temen o los respetan y por ello se portan bien? Probablemente sí, pero es apenas la función secundaria del rito. Porque hay otra explicación, que el mito originario aclara perfectamente. Este mito explica que las *katchina* son las almas de los primeros niños indígenas, trágicamente ahogados en un río en la época de las migraciones ancestrales. Las *katchina* son entonces a la vez prueba de muerte y testimonio de la vida después de la muerte. Pero hay más: el mito cuenta que, cuando los ancestros de los indios se establecieron en sus aldeas, las *katchina* venían cada año a visitarlos y

que cuando se iban, se llevaban a los niños. Los indígenas, desesperados por la pérdida de su progenitura, obtuvieron de las *katchina* que se quedarán en el más allá, a cambio de la promesa de representarlas cada año con máscaras y danzas. Si los niños son excluidos del misterio de las *katchina*, no es de ninguna manera para intimidarlos. Me atrevería a decir que es por la razón inversa: es porque *son katchina*. Los mantienen fuera de la mistificación porque representan la realidad con la cual la mistificación constituye una suerte de compromiso. Su lugar está en otra parte: no con las máscaras y los vivos, sino con los dioses y los muertos; con los dioses que son los muertos. Y los muertos son los niños.

Creemos que esta interpretación puede aplicarse a todos los ritos de iniciación e incluso a todos los casos en que la sociedad se divide en dos grupos. La no-iniciación no es un simple estado de privación, definido por la ignorancia, la ilusión u otras connotaciones negativas. La relación entre iniciados y no iniciados tiene un contenido positivo. Es una relación complementaria entre dos grupos: donde uno representa a los vivos y el otro a los muertos. En el curso del mismo ritual, los papeles se invierten a menudo porque la dualidad engendra una reciprocidad de perspectivas que, como en el caso de los espejos enfrentados, puede repetirse al infinito. Si los no iniciados son los muertos, son también sobreiniciados. Y si, como ocurre con frecuencia, son los iniciados quienes personifican los fantasmas de los muertos para asustar a los novicios, es a estos últimos a quienes les corresponderá, en una etapa posterior del rito, dispersarlos y prevenir su retorno. Sin ir más adelante en estas consideraciones, para no alejarnos de nuestro propósito, bastará con recordar que en la medida en que los ritos y las creencias ligados a Papá Noel se remiten a una sociología iniciática (sin ninguna duda), ponen en evidencia, detrás de la oposición entre adultos y niños, una oposición más profunda entre muertos y vivos.



Hemos llegado a esta conclusión por un análisis meramente sincrónico de la función de ciertos rituales y del contenido de los mitos que los fundan. Pero un análisis diacrónico nos habría llevado al mismo resultado. Porque los historiadores de las religiones y los folcloristas admiten que el lejano origen de Papá Noel se encuentra en

este Abad de Alegría, *Abbas Stultorum*, Abad de la Desgobernancia que traduce exactamente el inglés *Lord of Misrule*, personajes que son, por un tiempo determinado, reyes de Navidad en los que se reconoce a los herederos del rey de las Saturnales de la época romana. Ahora bien, las Saturnales eran la fiesta de los *larvae*, es decir, de los muertos por violencia o abandonados sin sepultura, y detrás del anciano Saturno devorador de niños se perfilan, en imágenes simétricas, el buen Papá Noel, bienhechor de los niños, el Jubelok escandinavo, demonio cornudo del mundo subterráneo que lleva regalos a los niños, San Nicolás que los resucita y los llena de regalos, y, finalmente, las *katchina*, niñas muertas de muerte precoz, que renuncian a su papel de asesinas de niños para convertirse alternativamente en distribuidoras de regalos o de castigos. Agreguemos que, como las *katchina*, el prototipo arcaico de Saturno es un dios de la germinación. En realidad, el personaje moderno de Santa Claus o de Papá Noel resulta de la fusión sincrética de varios personajes: el Abad de la Alegría, obispo-niño elegido con la invocación de San Nicolás y el mismo San Nicolás a cuya fiesta se remiten las creencias en las medias, los zapatos y las chimeneas. El Abad de la Alegría reinaba el 25 de diciembre, la fiesta de San Nicolás se celebra el 6 de diciembre, los obispos-niños eran elegidos el día de los Santos Inocentes, el 28 de diciembre. El Julebok escandinavo se celebraba en diciembre. Estamos directamente remitidos a la *libertas decembris* de la que habla Horacio y que, en el siglo XVIII, de Tillot había invocado para unir la Navidad con las Saturnales⁵.

Las explicaciones por sobrevivencia son siempre incompletas porque las costumbres no desaparecen ni sobreviven sin razones. Cuando subsisten, es menos por viscosidad histórica que por la permanencia de una función que el análisis del presente permite encontrar. Si hemos dado a los indios Pueblo un lugar predominante en nuestra discusión, es precisamente porque la ausencia de cualquier relación histórica entre sus instituciones y las nuestras (si se exceptúan algunas influencias españolas tardías, en el siglo XVII) muestra que, con

5 Se trata de Jean-Beningne Lucotte, señor de Tillot (1668-1750), filólogo e ilustrado dijónés, cuyas *Mémoires pour servir à l'histoire de la Fête des Fous* ('Memorias para servir a la historia de la Fiesta de los Locos'), publicadas en Ginebra, en 1741, constituyen una de las primeras piezas de estudio minucioso sobre un rito popular. [Nota del editor].

los ritos de Navidad, estamos en presencia no solamente de vestigios históricos, sino de formas de pensamiento y conductas que tienen que ver con las condiciones más generales de la vida en sociedad. Las Saturnales y la celebración medieval de la Navidad no contienen la razón última de un ritual inexplicable de otra manera y desprovisto de significado, pero proporcionan un material comparativo útil para encontrar el sentido profundo de instituciones recurrentes.

No es sorprendente que los aspectos no cristianos de la fiesta de Navidad se parezcan a las Saturnales. Tenemos razones para suponer que la Iglesia escogió el 25 de diciembre como fecha de la Navidad (en lugar de marzo o enero) para substituir con su conmemoración a las fiestas paganas que se desarrollaban el 17 de diciembre pero que, a finales del Imperio, se extendían por siete días, hasta el 24. De hecho, desde la Antigüedad hasta la Edad Media, las “fiestas de diciembre” presentan las mismas características: en primer lugar, la decoración de los edificios con plantas, luego el intercambio de regalos y los regalos a los niños, la alegría, los festines y, finalmente, la fraternización entre ricos y pobres, entre amos y sirvientes.

Al analizar más detenidamente los hechos, aparecen ciertas analogías de estructura sorprendentes. Igual que las Saturnales romanas, la Navidad medieval ofrece dos características sincréticas y opuestas. En primer lugar, una reunión y una comunión: la distinción entre clases y estatus es temporalmente abolida, esclavos o sirvientes se sientan en la mesa de los amos que se convierten en sus sirvientes; las mesas opíparas son para todos, los sexos intercambian su vestimenta. Pero al mismo tiempo, el grupo social se divide en dos: la juventud se constituye en cuerpo autónomo, elige a su soberano, abad de la juventud o, como en Escocia *abbot of unreason*; y como el título lo indica, se entrega a una conducta desordenada que se expresa en abusos cometidos contra el resto de la población. Sabemos que, hasta el Renacimiento, tenían las formas más extremas: blasfemias, robos, violaciones e incluso asesinatos. Durante la Navidad, al igual que durante las Saturnales, la sociedad funciona a un doble ritmo de *solidaridad acrecentada* y *antagonismo exacerbado* y estas dos características aparecen como una pareja de oposiciones correlativas. El personaje del Abad de la Alegría efectúa una suerte de mediación entre estos dos aspectos. Es reconocido e incluso entronizado por las autoridades regulares; su misión

consiste en regir los excesos dentro de ciertos límites. ¿Qué relación existe entre este personaje y su función, y el personaje con la función de Papá Noel, su lejano descendiente?

Hay que diferenciar cuidadosamente el punto de vista histórico del punto de vista estructural. Históricamente, ya lo hemos dicho, el Papá Noel de Europa Occidental, su predilección por las chimeneas y los zapatos resultan meramente de un desplazamiento reciente de la fiesta de San Nicolás, asimilada a la celebración de la Navidad, tres semanas más tarde. Esto explica que el joven abad se haya convertido en anciano. Pero lo explica solamente en parte, porque las transformaciones son más sistemáticas de lo que el azar de las conexiones históricas y calendáricas podría hacerlo admitir. Un personaje real se volvió personaje mítico; una emanación de la juventud, simbolizando su antagonismo con los adultos, se convirtió en símbolo de la edad madura, traduciendo su disposición bondadosa hacia la juventud. El apóstol de la mala conducta es el encargado de sancionar la buena conducta. Los adolescentes abiertamente agresivos con sus padres son sustituidos por los padres que se esconden detrás de una barba postiza para hacer felices a sus hijos. El mediador imaginario reemplaza al mediador real, y al mismo tiempo que cambia de naturaleza, se pone a funcionar en el otro sentido.

Descartemos de entrada unas consideraciones que no son esenciales para el debate pero que amenazan con crear confusión. En la sociedad contemporánea, la “juventud” prácticamente ha desaparecido, como franja de edad (aunque, en los últimos años, vemos algunos intentos de reconstitución, sin poder predecir sus posibilidades). Un ritual que otrora se distribuía entre tres grupos de protagonistas: niños, jóvenes, adultos, hoy apenas implica dos de ellos (al menos en el caso de la Navidad): los adultos y los niños. La “sinrazón” de la Navidad ha perdido entonces su palanca; se desplazó atenuándose: en el grupo de los adultos, ella solamente sobrevive en la cena de Navidad en el cabaret y en la noche de San Silvestre, en el Times Square. Pero examinemos el papel de los niños.

En la Edad Media, los niños no esperan pacientemente la llegada de sus juguetes en la chimenea. Disfrazados y agrupados en bandas que el viejo francés llama “guisarts”, van de casa en casa cantando y deseando feliz Navidad para recibir a cambio frutas y pasteles. Hecho

significativo, evocan la muerte para hacer valer su creencia. En Escocia, en el siglo XVIII, cantan esta copla:

Rise up, good wife, and be no, swier	Levántate, buena mujer, no seas perezosa,
To deal your bread as long's you're here;	a conseguir el pan, mientras estés aquí;
The time will come when you'll be dead,	ha de llegar el tiempo en que estés muerta
And neither want nor meal nor bread.	y no necesites vianda ni pan. ⁶

Aun si no dispusiéramos de esta preciosa indicación y de la, no menos significativa, del disfraz que transforma a los actores en espíritus o fantasmas, tendríamos otras, sacadas del estudio de las colectas de niños. Sabemos que no se limitan a la Navidad⁷. Ocurren durante todo el periodo crítico del otoño, cuando la noche amenaza el día, de la misma manera que los muertos se vuelven acosadores de los vivos. Las colectas de Navidad comienzan varias semanas antes de la Natividad, generalmente tres, así establecen la relación con las colectas, también de disfraces, de la fiesta de San Nicolás que resucitó a los niños muertos. Su carácter es más acentuado en la colecta inicial, la de *Hallow-Even* —que se volvió *víspera* de Todos los Santos por decisión eclesiástica— donde hoy todavía, en los países anglosajones, los niños disfrazados de fantasmas o de esqueletos persiguen a los adultos hasta que estos se rediman entregando regalitos. El progreso del otoño, desde su inicio hasta el solsticio que marca el rescate de la luz y de la vida, se acompaña, en el plano ritual, de un tránsito dialéctico con las siguientes etapas: el regreso de los muertos, su conducta amenazante y perseguidora, el establecimiento de un *modus vivendi* con los vivos, a través de un intercambio de servicios y regalos, y, finalmente, el triunfo de la vida cuando, en Navidad, los muertos, colmados de regalos, abandonan a los vivos para dejarlos en paz hasta el próximo otoño. Es significativo que los países latinos y católicos, hasta el siglo pasado, hayan hecho énfasis en la fiesta de San Nicolás, es decir, en la forma más *mesurada* de la relación, mientras que los países anglosajones la desdoblaron en sus dos formas extremas y antitéticas de *Halloween*, cuando los niños se hacen los muertos para volverse cobradores de

6 Citado por J. Brand, *Observations on popular antiquities*, (Londres: s. e., 1900) p. 243. [Nota del autor].

7 Véase al respecto A. Varagnac, *Civilisation traditionnelle et genres de vie*, Paris, 1948, pp. 92, 122. [Nota del autor].

los adultos y *Christmas*, cuando los adultos colman a los niños para exaltar su vitalidad.



Las características aparentemente contradictorias de los ritos de Navidad se aclaran así: durante tres meses, la visita de los muertos a los vivos se hace cada vez más insistente y opresiva. El día de su partida, se les puede entonces festejar y darles una última oportunidad de manifestarse libremente, o, como lo dice tan fielmente el inglés, *to raise hell*. Pero, en una sociedad de vivos, ¿quién puede personificar a los muertos sino todos los que, de un modo u otro, no están completamente incorporados al grupo y participan de esta alteridad que es la marca misma del dualismo supremo: el de los muertos y de los vivos? No es sorprendente entonces que los extranjeros, los esclavos y los niños sean los principales beneficiarios de la fiesta. La inferioridad de estatus político o social, la diferencia de las edades proporcionan al respecto criterios equivalentes. De hecho, tenemos innumerables testimonios de los mundos escandinavo y eslavo, que revelan el carácter de la cena de Navidad como una comida ofrecida a los muertos, donde los invitados hacen el papel de muertos; los niños, el de ángeles; y los ángeles, el de muertos. No es raro que Navidad y Año Nuevo (su doble) sean fiestas de regalos: la fiesta de los muertos es esencialmente la fiesta de los otros, ya que el hecho de ser otro es la primera imagen que nos podemos hacer de la muerte.

Estamos ahora en capacidad de dar respuesta a las dos preguntas planteadas al inicio de este estudio. ¿Por qué se desarrolla el personaje de Papá Noel, y por qué la Iglesia observa este desarrollo con preocupación?

Hemos visto que Papá Noel es a la vez heredero y antítesis del Abad de la Sinrazón. Esta transformación es en primer lugar indicio de un mejoramiento de nuestras relaciones con la muerte; ya no es necesario, para estar en paz con ella, permitirle periódicamente la subversión del orden y de las leyes. Ahora en la relación predomina una suerte de benevolencia algo desdeñosa. Podemos ser generosos, tomar la iniciativa, ya que no se trata sino de darle regalos e incluso juguetes, es decir, símbolos. Pero este debilitamiento de la relación entre muertos y vivos se da a expensas del personaje que la encarna; al contrario, parecería que por ello se desarrolla mejor. Esta contradicción

sería insoluble si no se admitiera que otra actitud frente a la muerte va progresando entre nuestros contemporáneos, actitud tal vez no hecha del temor tradicional a los espíritus y a los fantasmas, sino de todo lo que la muerte representa en sí y también en la vida en cuanto a empobrecimiento, sequía y privación. Indaguemos por el tierno cuidado que tenemos con Papá Noel, por nuestras precauciones y nuestros sacrificios para mantener intacto su prestigio con los niños. ¿No será que en nuestro interior está siempre latente el deseo de creer, aunque sea un poco, en una generosidad sin control, en una gentileza sin segunda intención; en un breve intervalo durante el cual están en suspenso cualquier temor, cualquier envidia, cualquier amargura? Tal vez no podemos compartir plenamente la ilusión, pero lo que justifica nuestros esfuerzos es que esta ilusión, mantenida por otros, nos proporciona al menos la posibilidad de calentarnos a la luz de la llama prendida en estas jóvenes almas. La creencia en donde guardamos a nuestros hijos de que los juguetes vienen del más allá aporta una coartada al secreto movimiento que nos incita en realidad a ofrecerlos al más allá con el pretexto de darlos a los niños. Por este medio, los regalos de Navidad son un verdadero sacrificio a la alegría de vivir, que consiste, en primer lugar, en no morir.

Con mucha profundidad, Salomon Reinach escribió una vez que la gran diferencia entre las religiones antiguas y las religiones modernas está en que “los paganos rezaban a los muertos, mientras que los cristianos rezan por los muertos”⁸. Sin duda el rezo a los muertos dista de este rezo mezclado con conjuros que cada año, y cada vez más, dirigimos a los niños —encarnación tradicional de los muertos— para que, al creer en Papá Noel, acepten ayudarnos a creer en la vida. Hemos desenredado los hilos que atestiguan la continuidad entre estas dos expresiones de una idéntica realidad. Pero la Iglesia no se equivoca en absoluto cuando denuncia la creencia en Papá Noel como el bastión más sólido y uno de los focos más activos del paganismo en el hombre moderno. Queda por saber si el hombre moderno no puede defender su derecho a ser pagano. Para terminar, una última anotación: del rey de las Saturnales al Buen Noel, el camino es largo; en el recorrido, un

8 S. Reinach, *L'Origine des prières pour les morts*, en *Cultes, Mythes, Religions*, Paris, 1905, tomo 1, p. 319. [Nota del autor].

rasgo esencial —tal vez el más arcaico— del primero pareciera haberse perdido definitivamente. Frazer ya mostró que el rey de las Saturnales es heredero de un prototipo antiguo que, después de personificar al rey Saturno y haberse entregado a todos los excesos durante un mes, era solemnemente sacrificado en el altar de Dios. Gracias al auto de fe de Dijon, el héroe está reconstituido con todas sus características, y en este singular asunto, no es una pequeña paradoja que, con el propósito de poner fin a Papá Noel, los eclesiásticos de Dijon hayan restaurado en su plenitud, después de un eclipse de algunos milenios, so pretexto de destruirla, una figura ritual, comprobando así su perennidad.